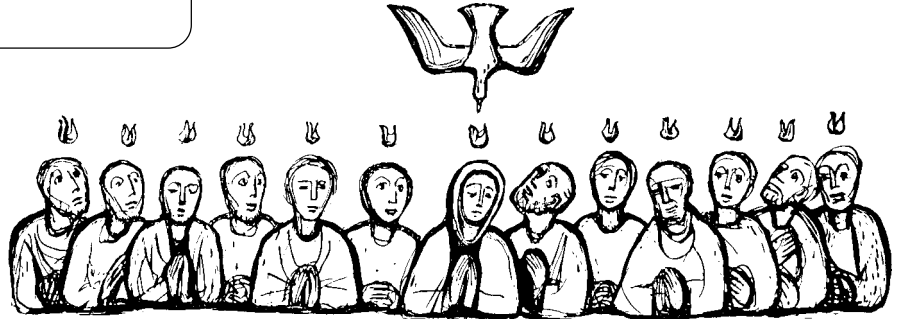




Adoración Nocturna Española

Consejo Nacional



Enero 2004

La inhabitación

*La presencia de la Sma. Trinidad
en el alma del cristiano en gracia*

—*Antigua Alianza.* El Espíritu divino actúa en los fieles, especialmente en los elegidos para alguna misión: «Yo estaré contigo» (Moisés, Josué, Jeremías, etc.). Pero también en los fieles: «El justo camina en la presencia del Señor» (Sal 114,9). Sin embargo, todavía la manifestación y comunicación de Dios a su pueblo es imperfecta.

—*Nueva Alianza.* Es en Cristo, en la plenitud de los tiempos, donde se va a producir la *epifanía* perfecta de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y su plena *comunicación* a los fieles. En Cristo, cabeza del cuerpo místico, «habita la plenitud de la divinidad corporalmente» (Col 2,9). Y nosotros, sus miembros, «hemos recibido de su plenitud» (Jn 1,16).

Por fin se van a cumplir, gracias a Él, las antiguas profecías: «Yo pondré en vosotros mi Espíritu» (Ez 36,27). Y el mismo Cristo es consciente de ser para la humanidad *fuerza del Espíritu divino*.

«Si alguno tiene sed, venga a mí y beba... Ríos de agua viva manarán de su seno. Esto lo decía refiriéndose al Espíritu que habían de recibir los que creyeran en Él, pues aún no había sido dado el Espíritu» (Jn 7,37-39).

«Si alguno me ama, mi Padre le amará, vendremos a él, y en él haremos morada» (Jn 14,23).

Ésta es la gracia suprema, fuente de todas las gracias: *la presencia gloriosa de Dios, uno y trino, en nuestras almas*. De aquí fluye toda la *espiritualidad* cristiana.

—*Alegría, amor gozoso.* Dios, el mismo Dios, si estamos en su gracia, habita en nosotros como en un templo. Es, como decía San Agustín, «más íntimo a nosotros que nosotros mismos». Por tanto, «alegraos, alegraos siempre en el Señor» (Flp 4,4). Guardar continuamente la presencia del Señor.

—*Amor, amor a Dios, amor a todos,* amor sobrehumano, de fuerza divina. «El amor de Dios se ha difundido en vuestros corazones por la fuerza del Espíritu Santo, que os ha sido dado» (Rm 5,5).

—*Fortaleza.* El Señor está con nosotros. Nunca estamos solos. Aunque hayamos de pasar un valle tenebroso, nada temeremos, pues Él vive en nuestro corazón y va con nosotros (Sal 22,4).

—*Audacia esperanzada para pretender la santidad.* Teniendo a Dios con nosotros, tan íntimo, tan santo, ¿cómo no vamos a intentar la plena santidad con esperanza, sean cuales fueres nuestras dificultades internas o externas? Se trata sencillamente de «dejarle hacer en nosotros y a través de nosotros» lo que quiera, y co-laborar nosotros con Él dejándole hacer, dándole la conformidad incondicional de nuestra voluntad. Pero es Él quien lleva la iniciativa en nuestra santificación, es Él quien sabe cómo y cuándo.

—*No pecar.* ¿Cómo se atreverá a pecar quien guarde conciencia de que el Señor vive en él?

«¿No sabéis que sois templos de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá a él, porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros» (1Cor 3,16-17).

—*Oración continua.* ¿Cómo vivir horas, minutos, olvidados del «dulce Huésped del alma»? ¿Cómo corresponder a esa Presencia divina gloriosa en nosotros si no es adorando la llama de su presencia en el altar de nuestro corazón? Nosotros no sabemos orar, pero «el Espíritu Santo viene en ayuda de nuestra flaqueza y ora en nosotros con palabras inefables» (Rm 8,26).

—*Fuerza apostólica.* El Señor, desde dentro, nos impulsa a revelarle a nuestros hermanos con el testimonio de la palabra y de la vida. Sin la fuerza del Espíritu nada podemos apostólicamente; pero con Él, no hay quien nos pare. «Recibiréis el Espíritu Santo y seréis mis testigos» (Hch 1,8).

—*Comentario, meditación.* ¿Vivimos la maravilla de este misterio de la inhabitación? ¿Se predica lo suficiente? ¿Nos damos cuenta de que la inhabitación de la Trinidad en nosotros es *la gracia fuente* de todas las gracias?